



## LA LUCHA POR LA FE Y LA JUSTICIA EN CENTRO AMERICA

*César Jerez, S.J.*

*Esta homilía, que es un auténtico testimonio de la Iglesia centroamericana ante la Iglesia estadounidense, fue pronunciada en Rockhurst College, Kansas City, el 11 de mayo de 1980 con motivo de recibir el doctorado "honoris causa". El P. Jerez es el Superior Provincial de los Jesuitas de Centro América y Panamá.*

*"Más vale un indio pagano, pero vivo,  
que un indio cristiano, pero muerto."*

*Gustavo Gutiérrez parafraseando al  
Obispo Bartolomé de las Casas.*

Ante todo quiero indicarles que me encuentro hoy con ustedes en representación de mis hermanos Jesuitas de Centro América y Panamá. Si acepto con orgullo cristiano el grado honorífico que la Universidad de Rockhurst ha decidido concederme es únicamente pensando en el trabajo apostólico de esos Jesuitas.

Para comenzar esta homilía he seleccionado unas palabras del Obispo Las Casas pronunciadas como una profesión de fe en

el Dios de vida que desea la dignidad para todos los seres humanos. Este profeta estaba denunciando la costumbre de algunos colonizadores españoles que pedían a los sacerdotes que bautizaran a los indios antes de matarlos de la forma más cruel. Al final de la homilía volveré a reflexionar sobre estas palabras.

Como estudiantes y antiguos alumnos de una Universidad fundada y atendida por la Compañía de Jesús ustedes han de saber cómo la Congregación General XXXII volvió a definir la misión de nuestra orden religiosa en nuestro tiempo y en nuestro mundo. Lo que los Jesuitas consideran como su misión actual se puede sintetizar en la fórmula: el servicio de la fe y promoción de la justicia.

Nosotros somos discípulos de Cristo y pertenecemos a una orden religiosa que se fundó principalmente para defender y propagar la fe católica, para reconciliar a los seres humanos y para ejercer el amor y la misericordia con los afligidos y condenados de esta tierra.

Cuatrocientos años más tarde, la visión de la injusticia universal, captada a la luz de la oración y de la reflexión teológica, ha llevado a nuestra orden a declarar que la promoción de la justicia entre los seres humanos y las naciones es una exigencia absoluta de nuestro servicio de la fe, pues sin justicia es imposible la reconciliación humana. Y un mundo en el que no se produzca la reconciliación de los seres humanos entre sí es un mundo donde no puede darse la reconciliación entre los seres humanos y Dios.

Todo esto puede sonar muy vago y abstracto. Sin embargo, en nuestras vidas y trabajo hemos vuelto a descubrir que creer en el Dios de Jesucristo y dedicar nuestros esfuerzos a que esta fe se vuelva operante y creíble mediante un amor que se hace carne en la justicia es una tarea realmente peligrosa.

Durante la década de los setenta, los Jesuitas de Centro América empezamos a examinar nuestro propio trabajo. Vi-

mos que estábamos dedicando la mayor parte de nuestro es- - fuerzo a cultivar a los ricos y poderosos. Así decidimos - enviar a algunos de nuestros mejores compañeros junto a los campesinos, que constituyen la mayoría de nuestra población. En ese nuevo ministerio, en una parroquia rodeada de planta- ciones de caña de azúcar, así como por pequeñas e improduc- tivas parcelas familiares, fue asesinado el P. Rutilio Gran- de, un jesuita salvadoreño, el 12 de marzo de 1977. Todo el poder combinado del Estado y de la oligarquía agraria de El Salvador no pudo soportar el testimonio profético de ese hu- milde sacerdote.

El asesinato del Padre Grande tuvo una gran significa- ción para nosotros. Tres meses después de su asesinato, u- na organización armada de ultraderecha, claramente vinculada al Estado, ordenó a todos los Jesuitas de El Salvador que se marcharan del país. Se nos condenaba a muerte a todos si no obedecíamos la orden. Dios nos dio la fuerza para aguantar y permanecer allí. Muchas personas de todo el mundo, inclu- yendo los Estados Unidos, se solidarizaron con nosotros y - exigieron al gobierno de El Salvador que garantizara nuestras vidas. Como consecuencia de esas peticiones directas al go- bierno de El Salvador, sobrevivimos a la amenaza.

Desde 1977 hemos vivido bajo la sombra de la muerte. Cinco sacerdotes diocesanos han sido asesinados en El Salva- dor y uno en Guatemala en 1978.

A lo largo de este camino, duro y empinado, hemos sen- tido el aliento de muchas hermanas y hermanos cristianos de muchos países e incluso de muchos no creyentes, llenos de es- píritu y sentido humanitario. Sin embargo, nadie ha hecho. - tanto para sostenernos en nuestra lucha por la justicia y - - confirmarnos en la fe como el Arzobispo de San Salvador, Mon- señor Oscar Arnulfo Romero, recientemente asesinado.

Monseñor Romero comenzó su apostolado episcopal en San Salvador menos de un mes antes del asesinato del Padre Gran- de. El brutal crimen del Padre Grande constituye un punto - crucial en la vida del Arzobispo. No sólo se acercó más a los Jesuitas, sino que aceptó de todo corazón la herencia -

del Padre Grande. Solía decir a la gente que su conversión a los pobres, su valiente promoción de los derechos de los oprimidos en El Salvador, su firme resistencia a los esfuerzos del gobierno y de la oligarquía por utilizarlo y, en última instancia, su fidelidad a la responsabilidad de un buen pastor incluso ante amenazas contra su propia vida, todo ello era el fruto de la sangre del Padre Grande.

Yo he venido hoy aquí para decirles que hay países en este mundo del último cuarto del siglo veinte en que la vida y la fidelidad cristianas no son posibles a no ser que se esté dispuesto al martirio. En Zimbawe, en Brasil, en Bolivia y en El Salvador sacerdotes y hermanos jesuitas han sido asesinados porque decidieron comprometerse con los condenados de esta tierra.

Ustedes están bien informados sobre las dificultades que enfrentan los cristianos en los países comunistas si quieren permanecer fieles a su fe, esperanza y amor. Siento un profundo respeto por esos cristianos y rezo para que su sacrificio se convierta en la semilla de un nuevo mundo en el que la lucha por la justicia no tenga que ser también una lucha contra la religión.

Pero ustedes no parecen estar bien informados sobre los sufrimientos de los católicos de América Latina que, en nombre de las exigencias de su fe en Dios, nuestro Padre, se incorporan a la lucha por la justicia y son perseguidos, reprimidos, apresados, torturados y asesinados. En los tres últimos meses de su vida, Monseñor Romero indicó muy bien cuáles son las razones para que los cristianos sean perseguidos.

Monseñor creía que el evangelio que predicaba cada domingo desde su catedral tenía que hacerse palabra de Dios en la historia humana. Creía que su misión de obispo incluía el escuchar al Espíritu que actúa en las masas de los pobres de este mundo. Creía que los pobres han sido destinados por Dios a poseer esta tierra y que deben intentar convertirla en un mundo de solidaridad humana. Creía

que el ministerio profético de un obispo tiene que juzgar - la específica calidad humana de la historia presente mediante la obra de Dios hecha carne y, por consiguiente, totalmente dedicada a la historia humana.

El 20 de enero del presente año, Monseñor Romero examinaba a la luz de la fe tres proyectos que compiten por reestructurar el gobierno de El Salvador. El primero es el proyecto de la tradicional oligarquía agraria y de los militares conservadores. Monseñor lo rechazó como causante de la presente opresión en El Salvador. También rechazó el segundo proyecto, actualmente en práctica, porque intenta destruir la organización popular de las masas mediante una represión más inmisericorde que nunca. Unas reformas que resultan en un baño de sangre del pueblo a manos del gobierno no merecen el apoyo a la Iglesia, decía Monseñor. Finalmente, Monseñor Romero, apoyó públicamente al tercer proyecto, un plan concebido por una amplia coalición de fuerzas revolucionarias y democráticas, porque consideraba que este plan era el único que tenía la posibilidad de evitar la guerra civil en El Salvador. Además, animó a los promotores de este plan a ampliar todavía más el espectro político de su coalición.

El 17 de febrero, Monseñor Romero escribió una carta al Presidente Carter y la hizo pública en su homilía dominical. Sabía que el gobierno de los Estados Unidos apoyaba al presente gobierno de El Salvador, y por eso escribió a Carter lo siguiente:

*"... Le pido que si en verdad quiere defender los derechos humanos,*

- Prohíba se dé esta ayuda militar al gobierno salvadoreño.*
- Garantice que su gobierno no intervenga directa o indirectamente con presiones militares, económicas, diplomáticas, etc. en de terminar el destino del pueblo salvadoreño."*

Finalmente, el 23 de marzo, horrorizado por la cuota mortal de más de 1000 víctimas de la represión gubernamental en los primeros cuatro meses del presente año, Monseñor Romero expresó en su homilía dominical que la ley de Dios no puede ser eliminada por la ley humana. Dirigiéndose a las fuerzas armadas les dijo: "No matarás". Cuando les ordenen disparar contra la gente, no obedezcan. "En nombre de Dios", clamó al final de su homilía, "yo - les suplico, les ruego, les ordeno: cese la represión" .

Al día siguiente, 24 de marzo, cuando celebraba misa, Monseñor Romero fue alcanzado por un disparo y moría minutos más tarde, Mártir de fidelidad a la palabra de Dios hecha carne en la historia, mártir del amor cristiano a los malditos, a los explotados y oprimidos de este mundo. El Departamento de Estado de los Estados Unidos, cuyo profundo desacuerdo con la postura del Arzobispo era bien conocido, tuvo la osadía no sólo de expresar su pena, sino incluso de proclamar que estaba de acuerdo con los puntos de vista y los objetivos de Monseñor Romero.

Tratemos de reflexionar un momento sobre estas realidades. En El Salvador y en América Central necesitamos su solidaridad cristiana. Apenas hace tres meses, los Jesuitas publicamos una evaluación cristiana sobre la situación en Guatemala, un país en el que se ha suprimido hasta la más mínima voz de desacuerdo. Cuando elevamos nuestra voz, se desencadenó una avalancha de calumnias, odio y amenazas contra nuestras vidas. Como les dije antes, vivimos bajo la sombra de la muerte y nuestros nombres están en la lista negra tanto en Guatemala como en El Salvador. Realmente necesitamos su solidaridad cristiana.

Ustedes, los norteamericanos, gozan del privilegio de la riqueza, el poder y el conocimiento. Ahora bien, ¿desean ustedes aceptar también la sabiduría cristiana? Ustedes son ricos en todos los sentidos, por tanto, según

las Escrituras, muchos de ustedes no se encuentran entre los benditos de Dios. Su exorbitante riqueza y poder - son en buena parte la causa de la extremada miseria del mundo pobre. La insensibilidad de ustedes respecto a este hecho está empujando a la gente del Tercer Mundo a acudir a la revolución a fin de conseguir lo que se les niega y les pertenece en estricta justicia.

Deberían intentar escuchar el llanto y el lamento de los pobres de esta tierra que claman por justicia y solidaridad. Yo creo que el Dios de Jesucristo, nuestro Padre, se ha puesto del lado de los pobres. Toda la tradición es criturística da testimonio de esa parcialidad, que se sintetiza en el canto de María, el Magnificat: " Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, pero despidió vacíos a los ricos" (Lc. 1, 52 - 53).

Al mismo tiempo que reflexionan sobre estas palabras, traten de ser menos etnocéntricos. No piensen que su sistema, su esquema de vida económica y política es el mejor para todos los pueblos de la tierra y debe imponerse en otros países, así sea a la fuerza. Traten de ser respetuosos hacia las esperanzas y aspiraciones de otros pueblos.

Recuerden las palabras, aparentemente escandalosas, - pero verdaderamente cristianas del Obispo Las Casas: "Más vale un indio pagano, pero vivo, que un indio cristiano, pero muerto" Permítanme interpretar estas palabras para ustedes: Más vale un pueblo salvadoreño vivo, pero en un sistema social diferente, que un pueblo salvadoreño aplastado y asesinado, pero fiel al sistema de vida norteamericano. Quizá su sistema económico y su particular forma de gobierno democrático no son el único horizonte humano. Traten de respetar el derecho de otros pueblos a determinar su propio destino.

Su primer Obispo católico, John Carroll de Maryland, fue miembro de una familia que luchó por la libertad de este país contra la explotación y dominio británico. Si se hubiera usado la religión para impedir a esa familia

que se incorporara a la Revolución Norteamericana, hubiera sido una vergüenza tanto para esa familia como para su religión. Saquemos la lección que nos ofrece su propia historia y no pretendamos ver a todo el mundo con el prisma de hoy. Por el contrario, permitamos con solidaridad humana el florecimiento de un rico pluralismo en el mundo actual.

Piensen que ustedes pertenecen a una minoría en este mundo, la minoría de los bien alimentados y comidos, los ricos, los poderosos, los educados. Pero, de acuerdo con la paradoja cristiana, ustedes no poseerán la tierra, que pertenece en herencia a los pobres, a los explotados y oprimidos, para que algún día toda criatura bajo el sol pueda creer que Dios es realmente el Padre de todos.

Ojalá Dios toque sus corazones y les haga verdaderos promotores de la justicia, dispuestos a entregar sus vidas privilegiadas a la causa del pobre en este país y en el mundo entero. Permítanme citar las palabras de la Conferencia de Obispos Latinoamericanos en Puebla, México, el año pasado, que presentan un verdadero reto para los ricos y poderosos de América Latina, pero un reto todavía mayor para ustedes, los norteamericanos:

*"Y porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo. 'Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, a mí me lo hicisteis' (Mt. 25, 40)."*

*Mensaje a los pueblos de America Latina, 3.*

Si aceptan la conversión cristiana, Jesucristo les visitará como visitó la casa de Zaqueo. Y Jesús les dirá: "Hoy la salvación ha llegado a esta casa, porque esto significa ser hijo de Abraham" (Lc.19, 9).

AMEN